

FRANCISCO SOSA.

EN DEFENSA PROPIA.

CONTESTACION

A LOS FOLLETOS PUBLICADOS POR EL SR. LIC. D. GENARO GARCIA
Y D. LUIS GONZALEZ OBREGON.



MEXICO

—
TIPOGRAFIA ECONOMICA.

CALLE SUR A. 5 NUMERO 30,
ANTES CAZUELA 10.

—
1901.

EN DEFENSA PROPIA.

NO ha llegado todavía á privar en México la costumbre arraigada mucho tiempo ha en Europa, en Norte América y en varias Repúblicas del Sud de este Continente, de exponer en monografías más ó menos extensas, de crítica literaria, el juicio formado por algunos escritores respecto á ciertas obras importantes que se publican; monografías en las cuales se examina con recta intención y ánimo tranquilo el criterio que informa esas obras y la manera con que el asunto ha sido tratado, para deducir si los autores han observado ó contravenido los cánones del arte que cultivan. Y es ese, en verdad, un mal de que debemos dolernos, porque á él puede atribuirse, no única, pero sí principalmente, la pobreza de la producción literaria nacional, toda vez que mata una de las más nobles y más legítimas aspiraciones de todo autor: la de que su obra no sea desdeñada, ni puesta en el olvido.

Claro es que los espíritus superiores no anhelan aplausos, y que saben muy bien que si éstos no son justificados, sinceros y discretos, antes perjudican que favorecen, y cierto es también que las censuras apasionadas y virulentas lejos de contribuir al progreso y desenvolvimiento de las letras las paraliza ó estanca; porque á nadie anima y fortalece el ver destrozado sin razón y sin piedad el fruto de largos

estudios, de labor fatigante y de penosas vigili-
as. Pero hay en todas las cosas un justo medio, y en este ha menester colocarse el crítico, si no quiere desautorizar él mismo sus observaciones. Loar lo que es merecedor de alabanza, discutir lo que es controvertible y condenar lo que no tiene defensa, todo con austeridad y rectitud, sin perseguir con encarnizamiento el hallazgo de una víctima que inmolar, he ahí lo que debe hacerse para que el crítico no se concite más enemigos que el natural é inevitable: el amor propio de aquellos autores que creen invulnerables sus producciones y atribuyen á la envidia ó á otra pasión rastrera la opinión que les es adversa.

Volviendo á lo que antes decía, esto es, á que la crítica literaria no ha llegado á tener en México la amplitud de concepto y de expresión que en otros pueblos cultos, haré observar, para comprobarlo, que en nuestro bagaje bibliográfico si bien no son del todo raros los artículos en que algunos periódicos anuncian y elogian obras de reciente publicación, sí son muy contadas las monografías críticas que existen de ese género, como las dos que D. José María Roa Bárcena publicó sobre Gorostiza y Pesado y en las que con la maestría propia de tan ilustre escritor, refiere la vida y estudia las obras de tan conspicuos autores. Y cuenta que en los últimos veinte años del siglo XIX se publicaron obras de largo aliento como la *Historia de la invasión americana* por el citado Sr. Roa Bárcena, y los cinco grandes volúmenes de la *Historia general de México*, intitulada *México á través de los siglos*, debida á publicistas tan justamente renombrados como los Sres. Chavero, Riva Palacio, Zárate, Arias, Olavarría y Vigil. Cada uno de esos volúmenes ameritaba largo y bien meditado estudio, para unir á las enseñanzas que ellos encierran, la enseñanza que envuelve la crítica que todo lo acrisola. ¡Cuánto habrían contribuido al esclarecimiento de la verdad las observaciones, las rectificaciones, la indicación de hechos importantes que acaso escaparon á la investigación de los historiadores ya nombrados; todo aquello, en fin, que tiende á hacer la luz que ilumina las conciencias!

Tampoco se ha procurado ajustar á los procedimientos críticos otros libros, ni aun porque han sido declarados de texto en los planteles en que se imparte á la niñez y á la juventud la instrucción; ni el libro del Sr. Bulnes sobre el porvenir de la raza latina en América, siendo así que se presta, como pocos, á maduro examen por su interés de actualidad; ni el del Sr. Guerrero: *La génesis del crimen en México*, estudio de psiquiatría social, ni algunos otros que por evitar la difusión no menciono.

¿Han falseado los historiadores la verdad? ¿Son peligrosas las doctrinas de los autores? Pues la refutación se impone. ¿Son raudal purísimo de enseñanzas? Pues no es patriótico permitir que permanezca oculto para la mayoría de la sociedad mexicana ese raudal, sino que, por el contrario, es un deber señalarlo á los que anhelan saciar su sed de ciencia y de verdad.

Las consideraciones que preceden me impulsaron á leer con gran detenimiento el libro que hace pocos meses publicó el Sr. Lic. D. Genaro García con el título de *Carácter de la Conquista española en América y en México, según los escritores primitivos* y á escribir á propósito de dicho libro una Disertación que denominé *Conquistadores antiguos y modernos*, disertación que publiqué en forma de folleto, no porque deseara que se le atribuyese otro interés y otra importancia que no sean los que el asunto le presta, sino porque por su extensión sólo podría hallar cabida en una Revista literaria de aquellas cuya publicación aun no se aclimata en México. Existen dos de reciente creación y de incuestionable mérito: *La República* y *LA REVISTA POSITIVA*, pero la primera está dedicada á la política y la segunda á la filosofía, y no me creí, por lo mismo, autorizado á pedirles hospitalidad para mi disertación. Demandarla de las publicaciones diarias habría sido ocioso, toda vez que es á la crónica de los sucesos de actualidad á la que preferentemente se dedican para satisfacer la pública curiosidad.

En el folleto á que acabo de aludir procuré demostrar que D. Genaro García se apartó por modo absoluto de las reglas que norman en nuestros días los trabajos históricos; que era injusto y apasionado al inculpar á todo un pueblo—al español—de los desmanes y atrocidades de los conquistadores de América en el siglo XVI; que no era exacto que nadie, antes que él, hubiese rendido tributo á la verdad y á la justicia, al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los indígenas de América; que no era equitativo en sus juicios respecto á autores y personajes; que para poner al servicio de su tesis ciertas frases de algunos autores las entresacaba de manera que mutilado el pasaje resultara falseado el pensamiento; que para él un autor tiene autoridad indiscutible cuando afirma lo que en descrédito de los conquistadores redundaba, y carece de esa autoridad y merece reproches cuando enaltece á los mismos conquistadores; que la publicación de su obra parecía enderezada á revivir añejos rencores; que todas las conquistas, las antiguas, como las modernas, y acaso éstas más que aquéllas revestían un carácter odioso; que la Independencia misma no había producido la redención de los indígenas, y, por último, que no había logra-

do en la exposición de sus conclusiones demostrar lo que había prometido.

Todos esos puntos y algunos otros que no hay necesidad de exponer nuevamente, los apoyé en autoridades dignas de todo respeto, y evité con el mayor empeño emplear frases deprimentes ó despectivas, llegando en esto al extremo contrario, es decir, á reconocer en el Sr. García altas cualidades de inteligencia y de saber, conformándome con la opinión que de sus dotes expresó el Sr. González Obregón, íntimo amigo suyo, pues por mí mismo no había tenido ocasión de conocerle por sus obras literarias, como no la he tenido de estimarle personalmente, porque tan sólo he hablado con él tres ó cuatro veces en sociedad, y esto, de asuntos ajenos en lo absoluto á la literatura ó las ciencias. Ninguna prevención podía llevarme á serle hostil. Examiné su libro como habría examinado el de cualquier autor extranjero cuyo nombre sonara por primera vez en mis oídos. Por lo mismo que nunca me causó mal alguno, como ahora lo hace saber, podía yo juzgar sin pasión una obra suya.

Novel D. Genaro García en el mundo de las letras, creyó que todos, sin excepción, saludarían la aparición de su libro con el mismo entusiasmo con que D. Luis González Obregón la saludó, y al desengañarse en vista del folleto por mí publicado, presa de la irritabilidad que caracteriza por lo común á los escritores cuando comienzan á experimentar las *contrariedades del oficio*, tomó la pluma y escribió su *Réplica* en forma epistolar que es precisamente la que más se presta á orillar las discusiones al resbaladizo terreno de las intemperancias y de las personalidades, terreno del cual he procurado alejarme desde el día en que mis aficiones me condujeron al no siempre florecido campo de las letras. No extrañe, pues, al Sr. García que al intentar defenderme de los ataques que en su *Réplica* me dirige, me crea yo autorizado á no valerme de la forma epistolar. Sé que en esa forma es más fácil prevenir la crítica, porque ella exige menos elementos literarios, pero renunció á tal ventaja de buen grado, por la razón poco ha expuesta.

Comienza el Sr. García su *Réplica* mutilando mis conceptos para tergiversar su sentido y hacerme aparecer, por medio de ese procedimiento, lleno de tristeza por el bien ajeno, es decir, envidioso porque el Sr. González Obregón elogió con fervor el libro, cuando lo que dije fué que el inmenso júbilo que me había causado la noticia de la publicación de una obra dedicada á graves y educativas disquisiciones históricas se había trocado en tristeza al conocer dicho elogio "por

que me pareció oír algo así como un toque de atención, como un anticipo de las impresiones que la obra me había de causar, toda vez que mis particulares ideas, que lo que podría llamar mi credo en materias históricas, está en absoluta discrepancia con el credo del Sr. García, como lo está con el del Sr. González Obregón." Después expresé que al analizar y criticar la obra, no entraba por modo alguno el deseo de amenguar el alcance de los elogios que otros le tributaran, ni de rebajar la gloria á que legítimamente aspira un escritor.

De nada de esto ni otras consideraciones preliminares por mí expuestas, hace mención el Sr. García; se limita á presentarme como envidioso.

Séame permitido, puesto de que tan fea mancha trato de libramme, manifestar que entre mis muchos defectos, es el de la envidia el que menos puede reprochárseme. El género literario por mí cultivado preferentemente—la biografía—lo demuestra bien á las claras. Si envidiara ajenas glorias no habría yo enaltecido en mis obras á centenares de compatriotas míos, ni hecho el elogio de ilustres difuntos en discursos y folletos, ni iniciado la *creación* de las estatuas de más de 50 mexicanos prominentes, ni escrito prólogos para muchos libros ajenos, ni empleado en bien de multitud de autores mis buenos oficios hasta lograr la impresión de libros excelentes que acaso permanecerían todavía inéditos si no hubiera sido por mi tenacidad en ayudar á vencer los tropiezos que los autores encontraban. Esto, dentro de nuestro país. Fuera de él, he sido uno de los que con mayor constancia han procurado dar á conocer á los escritores y poetas mexicanos, enviando sus obras, pidiendo que las juzgaran, y dando á conocer aquí, después, cuantos elogios habían inspirado.

En el prólogo de una hermosa y justamente aplaudida novela de Don Rafael Delgado, consigné en 1891 las siguientes frases: "No es este un libro del número de los que necesitan prólogo ajeno, y si aparece ahora precedido de las presentes líneas, es, acaso, porque el autor de la *Calandria* me distingue con su estimación, y ha querido asociar mi nombre al suyo, en una obra cuya publicación se debe, en no pequeña parte, á mi tenaz empeño porque no permanezcan inéditas las producciones que juzgo honra y prez de las letras nacionales. Glorióme,—perdone el lector este arranque de legítimo orgullo,—glorióme de haber enriquecido la bibliografía mexicana con gran número de libros que seguramente habían permanecido archivados por sus autores, si no hubiese sido por mi afán en procurar su impresión, pensando que á trueque de tal servicio podrían darse por compurgadas las fal-

tas cometidas en mis propias obras. Por cada una de éstas, defectuosas como mías, puedo presentar varias ajenas, de indiscutible mérito, publicadas merced á mí que gozo con los triunfos del saber y del ingenio de los demás, porque debo al cielo el don inestimable de no haber sentido jamás el torcedor de la envidia.”

Se ve por lo que acabo de exponer,—no por jactancia sino constreñido por la necesidad de la defensa,—que mal podían entristecerme los elogios tributados al Sr. García por el Sr. González Obregón, por desmedidos que los encontrara, sino en cuanto que los había inspirado la comunidad de ideas contrarias á las mías en ambos Señores.

A seguida el Sr. García dice que he prorrumpido en *vituperios pueriles* en contra suya, porque en la pág. 10 de mi Disertación estampé las siguientes líneas que se cuida muy bien de transcribir *in extenso*.

“El Sr. García, tan apacible, tan equilibrado como lo habíamos conocido, se nos presenta inesperadamente en su nuevo trabajo, rencoroso, agresivo, vehemente, encarnizado, implacable, y esa transformación se debe á que se hundió el mar lleno de sirtes de las viejas crónicas, etc., etc.”

Cualquiera que conozca el idioma español podrá decir si resulta baldón ni oprobio, afrenta ó deshonra para el Sr. García de que, juzgándole como escritor, se le llame rencoroso, agresivo, vehemente, encarnizado é implacable, ni mucho menos porque al terminar yo la metáfora de que me serví le hubiese llamado *buzo infortunado*. A extremada susceptibilidad podría atribuirse la interpretación que el Sr. García da á esas y otras frases mías. No de hoy, en cuantas producciones de crítica he dado á la stampa, he evitado cuidadosamente el empleo de vituperios y de palabras mal sonantes. En cambio, el Sr. García en su *Réplica*, dice: “Sospecho que ESTA NECEDAD DE UD. obedece al inocente móvil de darse á sí mismo ocasión de reproducir el antiguo elogio que en 1879 escribí acerca del propio señor (Orozco y Berra): que los manes de éste sean á Ud. propicios.”

El calificativo de necio que me asigna el Sr. García no me hiere. Quién ha llamado á Don Antonio de Solís HISTORIADOR ESPAÑOL MENTECCATO, mal podía encontrar en su vocabulario un epíteto menos despectivo al dirigirse á mí; porque Solís, es un autor clásico de altísimo renombre al que propios y extraños respetan. Me bastaría recordar que fué émulo de Calderón de la Barca; pero para poner de resalto lo que valia, voy á reproducir el testimonio imparcial de un escritor francés que no le escatima sus elogios al propio tiempo que señala los defectos de que su Historia adolece. Así, los que se dignen

leer esta defensa mía, sentenciarán con pleno conocimiento de causa.

“Para los extranjeros, menos sensibles que los españoles á las bellezas especiales del estilo, Solís es, sobre todo,—dice Mr. E. Baret,—un historiador artista, una especie de Quinto Curcio español, que menos cuidadoso de instruir que de agradar, al mezclar en sus relatos la imaginación del poeta dramático, subordina la verdad á los ornamentos del discurso y parece que escribe más bien que una historia, una novela. Los españoles modernos confiesan voluntariamente esos defectos, y distinguen el oropel que mezcla algunas veces al oro en esa trama brillante; pero se muestran extremadamente sensibles á la perfecta elegancia de su pluma. Le conceden, de grado, el haber escapado mejor que ningún autor de su tiempo al gusto detestable, entonces á la moda, y de no haber conservado del culteranismo sino cierta afectación de galas que no degenera jamás en puerilidades, un gusto de metáforas que no se emplea nunca á expensas del sentido común; conceden á Solís el mérito capital de tener un estilo propio, sin imitador como sin modelo; un estilo de tal manera fundado en el verdadero genio de la lengua castellana, que en él no hay un término, una locución que haya envejecido, y pretenden que, considerando bien las partes sólidas de su obra, se ve que ningún escritor, antes ni después de Solís, ha sabido expresar grandes pensamientos en términos más nobles, más elegantes, más delicados, en períodos más acabados y más armoniosos. En fin, el patriotismo español le concede no solamente el haber consagrado uno de los hechos más gloriosos de las armas españolas, sino aun el haber provisto de un escritor al deplorable reinado de Carlos II, que, gracias á Solís, no ofrece un páramo enteramente estéril.”

De intento he copiado á pesar de su extensión, el anterior pasaje en que se nota al punto que no lo ha inspirado incondicional admiración; para que se vea que á pesar de todos los defectos apuntados, poseía Solís dotes literarias que ponen su memoria á cubierto de vituperios como el que el Sr. García le lanzó al llamarle MENTECCATO. ¿Podría yo dolerme de que á mí me llame necio?

Habla después de mis *dislates* y me dedica otras frases en su *Réplica* de las que no hago mención por no extender demasiado este artículo y porque deseo tan sólo defenderme de las acusaciones que á mi juicio lo ameritan.

Táchame de que me contradigo porque al propio tiempo que critiqué su obra por creer que en ella se infama á la nación española dije que la noticia del descubrimiento de América despertó, ó mejor dicho,